

UNA MEGALOMANÍA

LOS DICCIONARIOS NO registran un uso muy extraño de la palabra "universitario"; el que se refiere exclusivamente a la UNAM, como un gentilicio equivalente a "unameño". Los unameños se resisten a desprender el adjetivo de su referente inicial. Aunque la realidad caminó (la UNAM dejó de ser la única universidad), hablan de la Universidad y los universitarios para referirse sí mismos. Pero esta fijación lingüística refleja una fijación mitológica: la Ciudad Universitaria como una especie de ciudad-estado dentro de la ciudad-estado que domina al país; la Universidad Nacional Autónoma de México como la República en el orden del saber. La UNAM nunca ha aceptado ser una universidad: es la Universidad.

Así como los Estados Unidos no se creen un país de América sino "América" (por lo cual, naturalmente, América debe ser para los "americanos"), los unameños se arrojan el ser universitarios como algo especialmente suyo. Sienten que la tribu del Instituto Politécnico Nacional es inferior y bárbara, no universitaria (y que debe ser puesta en su lugar en los campos deportivos, que es hasta donde llega su capacidad de medirse con los verdaderos universitarios). Sienten que las tribus de El Colegio de México, la Universidad Autónoma Metropolitana, la Universidad Pedagógica, ya no se diga las universidades privadas o de provincia, no existe más que la Universidad, ese Tepeyac del Estado, donde habla el Espíritu.

Quizá es inevitable que las familias y las comunidades se crean el centro del universo, que tengan una mitología trágica o triunfalista de "nosotros los González", y que la vivan con intensidad en sus arrumacos y en sus pleitos, como si los González fueran los protagonistas de la historia. Pero qué embarazoso es escucharlos cantar goyas a coro, como si fueran el himno nacional; animarse con jaculatorias ("los González unidos jamás serán vencidos"); o acusarse de falta de "espíritu González", insuficiente "amor a la camiseta" y tantas cuarsilerías del patriotismo de clan, que sirven, naturalmente, para disputarse la dominación del clan.

Todos los contendientes en el conflicto de la UNAM comparten ese narcisismo. Funcionarios, investigadores, estudiantes y empleados disputan sobre esto y sobre aquello, pero no sobre el supuesto implícito, en el cual están de acuerdo: Qué importantes son los González. En sus contiendas, se define el destino del país.

La fuerza de esta ilusión anima a los protagonistas y al respetable público unameño, pero no tiene el mismo efecto sobre el resto del país. Se ha visto en las huelgas. Suspender prolongadamente el servicio telefónico o las exportaciones petroleras, pondría al país de rodillas. Pero si los empleados, profesores o estudiantes de la UNAM se fueran a una huelga prolongada (de varios meses, de varios años), ¿en qué notaría el país la diferencia? Y, sin embargo, ha habido huelgas que se prolongan, como creyendo que paralizar la UNAM paraliza el país.

Estos delirios megalómanos no son sólo sindicales. En 1979, cuando López Portillo le dio entrada electo-

GABRIEL ZAID

ral al Partido Comunista Mexicano y apoyó la caída de Somoza, la Revolución parecía inminente para muchos unameños, que pronosticaban una votación del 40% a favor del PCM. Quizá la obtuvo entre los unameños, pero el territorio liberado de la hermana República del Pedregal no es toda la república.

Habría que distinguir entre el mito universitario (el mito de que la tribu del saber tiene derecho al poder), que se remonta a Platón; y el mito unameño, que se remonta a Justo Sierra: la UNAM como "el cerebro nacional", dependiente pero independiente del Estado, corona de la democracia como "aristocracia abierta", último de los "escalones por los cuales se puede ascender a la cúspide" del saber.

Este mito fundador (o pecado original) de la UNAM acabó con la UNAM. Si la historia de México tiene que pasar por la UNAM, la cargada de aspirantes a subir al protagonismo histórico, al poder, al presupuesto, pisoteará la UNAM. Mientras la vida contemplativa (la investigación, el diálogo, la creación) no es el lugar de paso obligado para la vida activa (no da derecho al queso), en el claustro no se paran las moscas, ni los ratones, ni los búfalos. Si no hay dinero, puestos, ni credenciales para llegar a más, ¿quién se va a quemar las pestañas? Únicamente los que tienen vocación y talento excepcionales, más amor al arte que al queso. Si la ruta del queso no pasa por ahí, los que buscan el queso no pasarán por ahí. Pero si el claustro quiere tener las llaves le serán arrebatadas, por fuerzas más poderosas que las suyas.

Parece inocuo y sin mayores consecuencias asumirse como la Universidad, y hasta como la República en el orden del saber: que tiene territorio, policía, congresos, legislación, presupuesto, prensa, radio; que debería tener televisión y, en general, derecho a apoderarse del micrófono y de la atención nacional, si no derecho a apoderarse del Estado. Parece natural que la república del saber tenga rivalidades con el brazo educativo de la otra. La Secretaría de Educación Pública fue creada desde la UNAM, pero fue su rector, no la UNAM, quien tomó el poder de la SEP. La UNAM, por el contrario, tuvo que defender celosamente sus prerrogativas, como una especie de secretaría alterna, que tiene derecho a incorporar, que maneja las profesiones y el registro de los títulos, que le deja a la SEP las primarias y las secundarias (aunque un tiempo le disputó las secundarias, creadas por la SEP contra la UNAM) y que ve con desprecio la educación superior prolijada por la SEP, los gobernadores o los particulares.

Este platonismo (la ambición del filósofo rector que promueve la SEP y pasa a regirla, para buscar después la rectoría del país, como filósofo soberano de la Revolución) no murió con el fracaso de Vasconcelos. Si-

que vivo entre los funcionarios, investigadores, profesores, estudiantes, líderes y otros ulises criollos que tratan de salvar la Revolución o la República. Y no se limita a los que sueñan con llegar a la presidencia desde la Facultad de Derecho.

Las contradicciones insolubles del mito fundador (la dependencia independiente, la aristocracia democrática, el monopolio del cerebro nacional) estuvieron ocultas mientras la *polis* fue de escala platónica. Todavía en 1929, los estudiantes, profesores, empleados y funcionarios sumaban unos 10,000. Pero el mito pedía otra cosa, que también parecía inocua, natural y hasta positiva: el crecimiento. Y fue esa cosa inocua, que parecía tan buena, la que llevó las contradicciones a la quiebra.

¿Alguien ha demostrado que una comunidad universitaria de 400,000 personas es mejor que 40 comunidades de 10,000? ¿Mejora la calidad de las actividades? ¿Se vuelve más humano el trato entre las personas? ¿Hay economías de escala? ¿Se reducen los costos unitarios? ¿Se descongiona la ciudad? Nadie lo ha demostrado, ni hace falta. Que la UNAM fuera una de cuarenta universidades era, y es, inconcebible. Los González no tienen por qué favorecer el desarrollo de los Pérez, de los Martínez, de los Gutiérrez, de la odiosa y despreciable competencia. La UNAM es "la" Universidad. Hasta la fecha, los contendientes de la UNAM razonan como si el crecimiento de la UNAM fuera una exigencia natural del crecimiento del país, no el desenlace natural de una concepción monopólica. Y, por supuesto, nadie piensa en hacer cuarenta partes autónomas de la UNAM: repartir ese latifundio.

Como sucede en los imperios decadentes, las posibilidades de la UNAM están bloqueadas por su mitología. Muchas salidas razonables se vuelven imposibles de realizar, imposibles de decir públicamente y hasta imposibles de pensar, frente a la tradición, la nostalgia, las ideas hechas, la inercia, los intereses creados. Resulta admirable que el rector haya intentado sacudir todo eso, para hacer que las realidades

fueran dignas del mito. Pero quizá ya es hora de abandonar el mito.

Nadie va a sacar de la UNAM a los estudiantes que no estudian, los profesores que no enseñan, los barrenderos que no barren, los funcionarios que no funcionan, los investigadores que no investigan. El reparto del queso como sistema de control político es una realidad aplastante que la UNAM no puede rebasar. Hay que cargar con ellos, y nadie va a lograr que se vuelvan productivos, ya no digamos excelentes. Dedicar ganas y capacidad a los que no tiene ganas o capacidad es un desperdicio y hasta un fraude. Sirve para engañarlos, haciéndoles creer que realmente son estudiantes, profesores, barrenderos, funcionarios, investigadores. Sirve para legitimarlos, engañando a la sociedad.

Lo verdaderamente viable es que los fósiles, los aviadores, los grillos, los barcos, los demagogos, los que no tienen ganas o capacidad, se queden con la UNAM. En vez de luchar por impedirlo, hay que aceptarlo, tratar de rescatar lo rescatable y llevarlo a otra parte. Pero no en un paquete que incluyera, por ejemplo, los institutos de investigación. Sería repetir el error autodestructivo: armar paquetes excesivos con actividades que no tienen por qué estar juntas; cuya integración no tiene ventajas académicas ni económicas, de escala o de combinación, la burocracia, los sindicatos, el congestionamiento. Es mejor sacar instituto por instituto con un destino aparte, de preferencia a la provincia y como organismos autónomos, con más de una fuente de ingresos: secretarías, gubernaturas, universidades del interior, patronatos privados, contratos internacionales.

Habrà quien piense que abandonar la UNAM es derrotista, o pero aún: traición a la patria. Pero ahí está el error del mito megalomano. La UNAM no es la patria: es una de tantas cosas que tuvieron sentido, crecieron y se arruinaron.

